

“Yo no soy” Sólo soy representación del que sí es.

El sacerdocio de Jesús en el Nuevo Testamento¹

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ

Director de *Sal Terrae*

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

esanz@teo.upcomillas.es

No son más las palabras que titulan este artículo; se las oí al anterior director de *Sal Terrae*, José Antonio García, a quien tanto estimo y de quien tanto he aprendido, en una reciente conferencia para jesuitas sobre el sacerdocio en la Compañía de Jesús. Estaba yo entonces pensando cómo enfocar estas páginas que ahora ven su luz y pensé que dicha frase podía muy bien titular y orientar las mismas. Al fin y al cabo -me decía repetidamente a mí mismo- todo lo que puedo escribir sobre el sacerdocio de Jesús en el Nuevo Testamento es sobradamente conocido para las personas que lean este primer artículo de la “Serie” de *Sal Terrae* del año 2010. ¿Quién no ha oído nunca hablar de que Cristo entró en el santuario que no es hechura de hombres una vez para siempre (Heb 9,11-12)? ¿A quién no le suena «tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito» (Heb 2,17)? Me decidí finalmente por dicho título, porque me ayudó a encontrar una formulación que, creo, atraviesa y une los tres apartados que desarrollamos a continuación (la Eucaristía y la entrega de la vida de Jesús; la oblación; la perfección), y que pretenden acercarnos al tema que nos ocupa: el sentido del sacerdocio de Jesús, «quien fue un laico, que no perteneció a ninguna familia sacerdotal y cuya actuación no tuvo nada de sacerdotal»².

Mientras cenaban, Jesús tomó pan... (Mt 26,26)

¹ *Sal Terrae* 98 (2010) 175-186.

² J. R. BUSTO, «Un Reino de Sacerdotes “llamados a reproducir la imagen del Hijo”»: *Sal Terrae* 78 (1990) 83-92, esp.86.

Comienzo con referencias conocidas: la Eucaristía nos hace presente el misterio pascual de Cristo, misterio que es clave para comprender el sentido del sacerdocio de Jesús según el Nuevo Testamento.

Se ha señalado en más de una ocasión que no se pueden separar en Jesús el don que éste ofrece (la alianza nueva y la llegada del Reino de Dios) y el don de su vida y persona. En palabras de dos reconocidos autores, «en Jesús de Nazaret son inseparables su pretensión y su persona; él es su pretensión en persona», «el don de Jesús es, por tanto, don de algo (la salvación y el Reino) a la vez que de alguien (la persona de Jesús) que vive en entrega radical por los hombres al Padre»³. Y se ha señalado también que se pueden poner en estrecha relación la vida entera de Jesús con los gestos y las palabras de Jesús en la última cena (en Pablo y en los evangelios sinópticos o en su equivalente en Juan: el lavatorio de los pies). Un ejemplo ilustrativo al respecto es el conocido «yo estoy en medio de vosotros como quien sirve» del Evangelio de Lucas⁴. Otro ejemplo, el hecho de que Jesús, que es la Palabra, se desprende en su vida y en la Última Cena hasta de su propia palabra⁵. Es precisamente este aspecto, quizás menos conocido y desarrollado que otros más habituales, el que a continuación presentamos para ilustrar la relación a la que nos referimos.

El relato de la Pasión del Evangelio de Mateo pone de relieve, ya desde sus comienzos, la centralidad de Jesús. Basta echar una mirada comparativa a sus primeros versículos para darse cuenta de la importancia que el evangelista concede a Jesús, cuando se encuentra en los momentos más difíciles y oscuros de su vida. Lo hace para subrayar que, en el momento de su muerte, es el propio Jesús el que domina totalmente la situación.

Dicha presciencia aparece también en el pasaje de la Institución de la Eucaristía o en el que alude a la entrega y el abandono que va a sufrir Jesús: justo antes de

³ M. GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía misterio de comunión*, Salamanca ²1992, 58; W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, Salamanca ⁸1992, 123.

⁴ M. GESTEIRA GARZA, *op.cit.*, 58.

⁵ Hemos desarrollado ampliamente este tema en E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, «La palabra y su palabra: omisión en Mt 26,17-35»: *Estudios Eclesiásticos* 77 (2002) 99-114.

morir, sentado a la mesa con sus discípulos (Mt 26,20-35), Jesús es plenamente consciente de lo que le va a suceder y asume con libertad el plan de Dios manifestado en las Escrituras, configurando su voluntad con la voluntad de Dios. Veamos cómo parece argumentar Mateo en el pasaje mencionado.

En Mt 26,20-35 pueden distinguirse tres pequeñas divisiones:

- a) Diálogo entre Jesús y sus discípulos, que concluye con el diálogo de Jesús y Judas.
- b) Discurso de Jesús a sus discípulos sobre el sentido de su muerte y entrega de su pan y de su sangre.
- c) Nuevo diálogo de Jesús con sus discípulos, concentrado de forma especial en el diálogo que mantienen Jesús y Pedro.

Las tres presentan una progresiva continuidad, pudiendo establecerse entre ellas una secuencia. Sobre todo si se tiene en cuenta un elemento esencial del relato de Mateo, la palabra de Jesús, y la relación que, en tonro a ésta, se puede establecer entre *palabra de Jesús - palabra de los discípulos*. Pues bien, teniendo en cuenta dicha relación, he aquí el contenido de las partes de la citada secuencia:

- a) *La palabra de los discípulos, la de Judas en concreto, es más fuerte que la de Jesús* («el Hijo del Hombre se va, pero ¡ay de aquél que entrega al Hijo del Hombre! Entonces preguntó Judas, el traidor: ¿soy yo acaso, maestro? Y Jesús le respondió: Tú lo has dicho»).
- b) *La palabra de Jesús resuena con toda su fuerza* («tomad y comed, esto es mi cuerpo. Bebed todos de la copa, porque es mi sangre, la sangre de la alianza»).
- c) *La palabra de Pedro y de los demás discípulos eclipsa a la palabra de Jesús* («Jesús dijo a Pedro: Te aseguro que esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces. Pedro le replicó: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y lo mismo dijeron todos los discípulos»).

El lector de este trozo del evangelio de Mateo, que lee dicha secuencia, percibe probablemente el progreso o avance que en él se da. Así, al terminar el primer diálogo de Jesús con los suyos, y más en concreto con Judas, se pregunta por vez primera si los discípulos de Jesús le han quitado la palabra al maestro. La

lectura de los versículos siguientes le permite dar una respuesta a esa pregunta que le tiene más que preocupado. No, parece decir el relato, las palabras de Jesús sobre el pan que se parte y el vino que se reparte confirman que los discípulos no han quitado la palabra a Jesús. Ahora bien, después de leer su última parte, el lector no puede negar que los discípulos le han quitado la palabra a su señor, pues defienden a toda costa que de ninguna manera van a negar a Jesús.

En definitiva, ésta es la tesis que aquí brevemente desarrollamos, el lector del citado pasaje de Mateo llega al final de su recorrido con la enorme preocupación de reconocer que es verdad que a Jesús, el que decimos que es la Palabra, le han quitado los suyos aquello que es más suyo: la palabra.

Una tesis que conviene enmarcar en un aspecto anteriormente señalado. Hemos dicho que Jesús estaba al corriente de lo que le iba a ocurrir. Así se lo anunció a sus discípulos con sus palabras. Ahora bien, la presciencia de Jesús no significa de ninguna manera que ni los momentos previos a su muerte ni ésta misma fueran para Él momentos fáciles. Sin embargo, porque Jesús fue capaz de desprenderse de lo más propio de sí, de su propia palabra, es decir, de entregar su vida, por eso pudo en dichas situaciones amar hasta el extremo a todos, Pedro y a Judas incluidos.

Por último, y ello es importante para entrar en breve en nuestro segundo apartado y dejar abierta una puerta al tercero, conviene recordar que esta renuncia de Jesús en los momentos previos a su muerte no fue un hecho aislado de su vida. Diversos episodios del NT, de entre los que podemos destacar la oración en Getsemaní y la Resurrección de Jesús, confirman que el despojo que hace de sí mismo Jesús, Palabra única y verdadera, no tiene nada de inhumano, castrante y estoico. Al contrario, la Palabra se despojó de su palabra únicamente por sintonizar su sonido con el sonido de Dios padre.

La oblación sacerdotal de Jesús

Se ha señalado en alguna ocasión que la ausencia de referencias al sacerdocio de Jesús en los evangelios es quizás un signo de la dificultad que tuvo la Iglesia

primitiva para expresar en términos antiguos la novedad tan importante de la vida, muerte y resurrección de Jesús, desarrollada, mediante una de sus múltiples formulaciones, en el apartado anterior. Es probable que ella necesitara mucho tiempo para llevar a cabo una reelaboración de las categorías sacerdotales que conocía y poder así aplicárselas al misterio de Cristo. Como señala el hoy Cardenal A. Vanhoye, «dicha reelaboración se reveló de gran importancia para la profundización en la fe en Cristo. Su resultado final es que el único tratado metódico de cristología presente en el Nuevo Testamento (Carta a los Hebreos) es un tratado de tipo sacerdotal»⁶.

Para el Antiguo Testamento el sacerdote era un mediador entre Dios y su pueblo. En el santuario ejercía su mediación por medio de los oráculos y los sacrificios⁷. Los primeros son palabras que, a través del sacerdote, Dios transmitía a los hombres para dárselos a conocer o para manifestarles qué tenían que hacer y cómo tenían que actuar. Aunque hoy puedan parecernos arcaicos y desfasados, no estarían muy lejos de esa búsqueda de la voluntad de Dios, que a muchas y muchos tanto nos inquieta e interesa.

Con el pasar del tiempo, especialmetne a partir de la reforma deuteronomista, dicha función sacerdotal fue evolucionando hacia otra que estaba más centrada en torno a la enseñanza:

«Sí, los sacerdotes han guardado tu palabra, han observado tu alianza. Ellos enseñan tus preceptos a Jacob y tu ley a Israel. Hacen subir el incienso hasta ti y ponen los holocasutos en tu altar»

(dt 33,9-10)

⁶ A. VANHOYE, «La novità del sacerdozio di Cristo», en *Il sacerdozio della nuova alleanza*, Milano 1999, 45-63, esp.48.

⁷ Tenemos en cuenta en las líneas que siguen a continuación estas obras: J. R. BUSTO, *op.cit.*; A. VANHOYE, «La novità del sacerdozio di Cristo»; ID., *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 79), Salamanca ²1992, 15-74; R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona ³1985, 449-462.

El texto citado menciona también la segunda manera de mediar del sacerdote del Antiguo Testamento: los sacrificios, modo particular de elevar hasta Dios una acción desde la tierra.

Un rápido acercamiento a muchas de las páginas del Pentateuco y de otros libros veterotestamentarios nos permite distinguir diversos tipos de sacrificios: el holocausto, por el que el hombre alaba el poder de Dios, a quien adora; el de comunión, a través del que el hombre entra en contacto con Dios; el de expiación, por el que se puede obtener el perdón de los pecados. En todos ellos es digno de resaltar el papel mediador del sacerdote.

Ahora bien, es importante indicar que, aunque es cierto que a través del sacrificio el sacerdote se acercaba a Dios, el oferente, que era del mundo terrenal, no podía, por medio de él, pasar definitivamente al mundo donde habitaba Dios. Sí podía, en cambio, realizarlo el animal que era ofrecido en sacrificio. Eso sí, ello no estaba en oposición con la concepción de consagrado o separado que poseía el sacerdote veterotestamentario.

Para el Antiguo Testamento, Israel era el pueblo elegido o separado entre las naciones. Y entre las 12 tribus que configuraban el pueblo elegido, la de Leví presentaba también el carácter de consagrada o separada. Es más, dentro de ella había una familia, separada, de la que salía el sumo sacerdote que realizaba dichos sacrificios y que era consagrado mediante un ritual del que han quedado muchas huellas en textos del Éxodo y del Levítico.

El autor de la Carta a los Hebreos, que conocía bien y con mayor detalle los aspectos hasta ahora indicados, se fijó de modo particular en el aspecto característico de la mediación de Jesús; igualmente, en el de la relación de Jesús, sumo sacerdote, con el sacrificio que éste ofreció de una vez para siempre. De la mediación de Jesús sacerdote y su relación con la perfección nos ocupamos en el siguiente apartado. Ahora centramos nuestra atención en el valor del sacrificio existencial ofrecido por Jesucristo, tal y como aparece presentado en diversos versículos de Heb 9:

«Cristo, en cambio, ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos... En un santuario no de este mundo entró Cristo de una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de toros, sino con su propia sangre, y así nos logró

una redención eterna... Cristo no tuvo que ofrecerse a sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote, que entra en el santuario una vez al año con sangre ajena... Se ofreció una sola vez para tomar sobre sí los pecados de la multitud».

Interesante de estos versículos señalados y de todo el desarrollo de Heb 9, titulado en algunas Biblias «insuficiencia de los sacrificios antiguos», es el carácter ciertamente novedoso que presenta el sacrificio ofrecido por el sumo sacerdote Jesús: el sacrificio de su propia vida, que es un sacrificio existencial.

Jesús ofreció un sacrificio, una ofrenda personal. Es una expresión «que sintetiza dos elementos de la catequesis del Nuevo Testamento: la presentación de Cristo como víctima sacrificial y la abnegación voluntaria que caracteriza la pasión de Jesús... Evidentemente Cristo no se mató; fue condenado y ejecutado. Para él el suceso del Calvario supuso ante todo un aspecto de pasividad, expresado por términos como “pasión”, “padecer”, “ser rebajado”, “ser probado”. Sin embargo, esa pasividad se hizo paradójicamente la ocasión de la actividad más eficaz que puede haber: por su forma de soportar los sufrimientos y la muerte Cristo fue sumamente activo en su pasión y realizó una obra de transformación positiva, que es un sacrificio en sentido pleno»⁸. Y Jesús ofreció un sacrificio de una vez para siempre: «Cristo entró en el santuario que no es hechura de hombres de una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de toros, sino con su propia sangre, y así nos logró una redención eterna» (Heb 9,12). Pues bien, el entrar de Jesús en el citado santuario a ofrecer su propia vida de una vez para siempre es un entrar que permanece y que, por eso, puede traernos no un perdón anual (como los sacrificios del Antiguo Testamento), sino una redención eterna.

Jesús, además, ofreció dicho sacrificio «en los días de su vida mortal, en los que presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a quien podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su actitud reverente. Y precisamente porque era hijo aprendió a obedecer a través del sufrimiento» (Heb 5,7-8). He aquí unas importantes referencias a la relación entre actividad y pasividad del sacrificio ofrecido por Jesús. Porque éste, en la angustia de su

⁸ A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, 206-207.

pasión, de su ser rebajado, abrió su corazón, abrió su ser a la acción de Dios, que le concedió el triunfo en su doloroso sufrimiento.

De ahí que la Carta a los Hebreos vuelva sobre este aspecto en el central capítulo 9, cuando afirma, en Heb 9,14, «¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a Dios como víctima sin defecto...!»

Detrás de ello está la idea, presente en el Antiguo Testamento, de que el Espíritu se vierte en el corazón (Jr 31; Ez 36). Por lo que se puede entender que Heb 9,14 está probablemente indicando: que Cristo acogió en su corazón la acción del Espíritu, aceptando así una transformación de su corazón⁹. De manera que en su padecer, en su pasión, en su pasividad, Jesús abrió su duro, difícil y doloroso sufrimiento a la intervención de Dios, quien, a través de su Espíritu, le concedió la posibilidad de triunfar definitivamente y de logramos «una redención eterna» (Heb 9,12).

“Yo no soy”. Sólo soy representación del que sí es. Después del recorrido trazado en este apartado, parece entonces posible atribuir al título de nuestra colaboración un sentido característico: ser representación del que sí es, por haber sabido especialmente conjugar la actividad y la pasividad tanto en su vida como en los momentos previos a su muerte y, especialmente, en la dura e incomprensible muerte en cruz. Sí, del Jesús que ha revelado un sentido de la oblación, que de ninguna manera está basada en las propias fuerzas, cualidades o puños, o en ese yo que con frecuencia creemos que todo lo puede, de ese Jesús sí se puede ser representación. Al fin y al cabo, Él nos ha dado a conocer que la oblación tiene mucho de pasividad, y tiene todo de una adecuada y justa conjunción entre ésta y una sana y sagrada actividad.

«Era conveniente que Dios elevara por los sufrimientos al más alto grado de perfección a Jesús» (Heb 2,10)

⁹ A. VANHOYE, «La novità del sacerdozio di Cristo», 59; ID., *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, 207-209.

Si se puede creer en toda su profundidad en el título de nuestro artículo por todo lo dicho en el anterior apartado, se puede quizás decir lo mismo si nos fijamos en otro aspecto de la vida de Jesús, la perfección, que, según la Carta a los Hebreos, tampoco guarda ninguna relación con el yo más narcisista que a todos siempre nos acompaña. Al contrario, como vamos a ver en las líneas que siguen a continuación, el sentido de dicho término presenta también aspectos de novedad, que permiten a la vez considerar la mediación de Jesús, sacerdote, desde claves no habitualmente utilizadas.

Hemos mencionado en el apartado anterior la importancia que se concede en la Carta a los Hebreos al hecho de que en su muerte, en su padecimiento, Jesús abriera su corazón a la acción de Dios y configurara su voluntad con la de Éste, haciendo de este modo que su sacrificio fuera agradable a Dios (Heb 5,7-9). Es el momento de retomar y desarrollar este aspecto, teniendo en cuenta la importancia que presenta de modo particular en Heb 2,14-17:

«Y, puesto que los hijos tenían en común la carne y la sangre, también Jesús las compartió, para poder destruir con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo, y librar a aquellos a quienes el temor a la muerte tenía esclavizados de por vida. Porque ciertamente no venía en auxilio de los ángeles, sino en auxilio de la raza de Abrahán. Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito, capaz de obtener el perdón de los pecados del pueblo».

Es ésta la primera mención de la Carta a los Hebreos al sacerdocio de Jesús, del que se subrayan dos características que no pueden de ninguna manera separarse: Jesús, sumo sacerdote misericordioso; Jesús, sumo sacerdote digno de crédito (digno de fe).

Lo primero que sorprende de esta presentación del sacerdocio de Jesús es la facilidad, quizás primera y aparente, con que el autor de la Carta a los Hebreos pasa de expresar el sentido del misterio de Cristo en categorías tradicionales (recuérdese el primer apartado de nuestra colaboración) a hacerlo por medio de una caracterización sacerdotal, que, sin embargo, es tan válida como otras que

también presenta el Nuevo Testamento (Hijo de Dios sentado a la derecha del Padre, mesías glorificado, etc.).

Sin embargo, parece que ya Heb 2,9 resalta un importante aspecto: «Pero a aquel que fue hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos coronado de gloria y honor por haber padecido y muerto». El autor de la Carta a los Hebreos parece querer subrayar que Jesús ha sido glorificado por causa de su muerte, por su pasión. Se trata de una relación de causalidad que posee un carácter decisivo, porque, de ese modo, la resurrección de Jesús no se comprende como una sustitución o anulación de su muerte, sino como su consecuencia, haciendo así posible que una nueva vida (resurrección) sea producida por la citada muerte de Jesús.

Y, ahondando todavía más, según Heb 2,5-18, y especialmente Heb 2,14-17, «si la muerte de Cristo produjo su glorificación de sumo sacerdote, es porque fue un acto de obediencia filial para con Dios y de solidaridad fraternal con los hombres»¹⁰.

Para el autor de la Carta a los Hebreos, Jesús es entonces sumo sacerdote digno de crédito, es decir, digno de fe. Y lo es por lo que Heb 5,7-9, texto anteriormente comentado, o Heb 10,5-10 explicitan con mayor claridad: por su adhesión filial a Dios, es decir, por poner en sintonía su voluntad con la voluntad de Dios Padre. Jesús es, pues, un sumo sacerdote digno de crédito «por haber ofrecido su propia vida como sacrificio, y por haber acompañado a dicho sacrificio una oración que explicita el sentido del sacrificio, oración que es la oblación que la voluntad de Jesús identificaba con la voluntad del Padre»¹¹.

Y, como hemos dicho, este último aspecto es inseparable del que Heb 2,17 expresa con tanta claridad: Jesús es el sumo sacerdote misericordioso. Recordemos el desarrollo de dicha breve formulación en Heb 4,15-16:

«Pues no es él un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que las ha experimentado todas, excepto el pecado.

¹⁰ A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, 95.

¹¹ J. R. BUSTO, *op.cit.*, 89.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar la gracia de un socorro oportuno».

Porque lo que en este texto se quiere señalar es que, por su pasión, Jesús es misericordioso. Él puede perfectamente compadecerse de nosotros por haber padecido penas, sufrimiento, cruz y muerte. Por conocer a fondo nuestro sufrimiento, nuestro dolor y nuestras penas puede él ser compasivo con cada uno de nosotros y ofrecernos la ayuda que, en dichas situaciones, tan necesaria nos es. Dicho con otras palabras, también de la Carta a los Hebreos: en esto consiste la solidaridad de Jesús, en haberse hecho semejante a nosotros «ofreciéndose una sola vez para tomar sobre sí los pecados de la multitud» (Heb 9,28).

¿Y qué tiene que ver todo lo señalado hasta ahora con el aspecto de la perfección de Jesús? Según la Carta a los Hebreos, Jesús, sumo sacerdote digno de crédito y misericordioso, ambos inseparablemente unidos, ha «sido elevado por Dios al más alto grado de perfección» (Heb 2,10). «Por su pasión quedó Cristo transformado y se hizo sumo sacerdote cabal... Es una atrevida afirmación que se expresa mediante el término perfección de Heb 2,10... Al decir que convenía a Dios hacer perfecto a Jesús, jefe y guía de la salvación de los hombres, el autor de Hebreos da a entender que la pasión de Cristo fue una consagración sacerdotal de un nuevo género»¹². No es Jesús el que se ha perfeccionado o hecho perfecto, es Dios el que lo ha elevado a la perfección.

Este sacerdocio de Jesús, esta nueva y perfecta consagración de Jesús por su pasión, es expresión de la mediación de Jesús. Porque, y ésta sería la radical novedad del sacerdocio de Jesús respecto al del Antiguo Testamento, que tanta importancia concede al aspecto de mediación del sacerdote¹³, es la pasión y la glorificación de Jesús la que han establecido una auténtica mediación entre Dios y los hombres, algo que no llegaban a obtener los ritos de consagración sacerdotal veterotestamentarios.

Una vez más, y ahora ya sí es la última: “Yo no soy”: sólo soy representación del que sí es. Sí, y éste es mi deseo para el año sacerdotal en el que nos

¹² A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, 98.

¹³ R. DE VAUX, *op.cit.*, 462.

encontramos: que el ejercicio de mi sacerdocio ministerial, en los diversos modos que lo explicitan, pueda ser representación de ese Jesús sumo sacerdote digno de fe y misericordioso, de ese mediador a quien Dios ha elevado a la perfección no por sus propias fuerzas, medios, poderes y cualidades, sino por haber padecido digna y cabalmente; de ese Jesús, que es el único sacerdote de la única Eucaristía que celebramos. Será, sin duda, la mejor manera de agradecer la vocación sacerdotal, que es pura gracia, y de celebrar el año sacerdotal, cuyo lema podrían ser estas bellas palabras de Heb 10,10: «Por haber cumplido la voluntad de Dios, y gracias a la ofrenda que Jesucristo ha hecho de su cuerpo una vez para siempre, nosotros hemos quedado consagrados a Dios».